

penas, tal vez gravísimas, que hayan merecido nuestras culpas.

Concedemos de buena gana que las indulgencias no tienden **directamente** a santificar el alma, y hacerla adelantar en la perfección: no son **por sí mismas** medios de santificación; su fin propio es solamente la remisión de la pena temporal, y en este sentido no hay duda de que las obras satisfactorias son mucho más excelentes.

Indirectamente, sin embargo, las indulgencias promueven la verdadera piedad y nos ayudan eficazmente a santificarnos. Nos estimulan constantemente a la **frecuencia digna** de los Santos Sacramentos, fuentes inagotables de gracia y santidad para el cristiano; promueven la práctica de muchas **obras buenas** y piadosas; en particular sirven para divulgar y fomentar **devociones** sumamente provechosas, tales como el culto a la Sagrada Eucaristía, a la Pasión del Señor, la **devoción al Corazón Sacratísimo de Jesús** y a **María Santísima**, etc.

Las indulgencias **aplicadas a los fieles difuntos**, evocan constantemente el saludable recuerdo de la muerte y eternidad, y encierran además un ejercicio continuo de verdadera caridad cristiana para con aquellas almas desamparadas.

¡De cuántas ventajas se priva el cristiano descuidado y tibio al despreciar este riquísimo tesoro, que con tanta generosidad pone a su disposición la Iglesia, y que Jesucristo le adquirió a costa de su pasión y muerte!

E. BORDI, S. J.

